EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGÍA,

N.° 6.°

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Noviembre de 1832.

Se hallará con los números anteriores en la libreria de Escamilla, *calle de Carretas.*

CARTA SEGUNDA

ESCRITA Á ANDRÉS

POR EL MISMO BACHILLER.

¡Qué pais, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia la que de este estraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nada es lo que he dicho en comparacion de lo que me queda que decir. Te dige que no se leía ni se escri-

bia. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderacion de este inculto pais? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamais á la prudencia miedo, á la moderacion apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habeis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada mas hermoso ni mas pacífico que un pais en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber mas silencioso. Aqui nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestion es esa que dejaremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas mas paradójicas que esta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el pais, que para ella sola tienen

un refran que dice: "Al buen callar llaman Sancho;" y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y mas un refran tan claro como este.

Llégome á una concurrencia.— Buenos dias, don Prudencio, ¿qué hay de nuevo?—Tsí; calle usted, me dice con un dedo en los labios.—¿Que calle?—Tsí; y se vuelve á mirar en derredor.—Hombre, si yo no pienso decir nada malo.—No importa, calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha?... Es un esp... un sop...— ¡Ah!—Que vive de eso.—¿Y se vive de eso en las Batuecas?—Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos: asi que todos estamos reducidos aqui á no hablar: mírenos usted oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito... Imite usted nuestro ejemplo, que

en ello le va mas de lo que parece. —

¿Hay cosa mas rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los Batuecos no son industriosos para vivir? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas: el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecucion asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal: me apresuro; yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. — Señor don Timoteo, traigo un artículo para usted; insértemele usted en su miscelánea. — ¡Ah! ¿Esto? Es imposible. — ¿Imposible? Y me añade al oido. — Usted no sabe que el sugeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z. — Bien pudiera llamarse asi ese sugeto y corregirse el defecto. — Pero es pariente del Señor... — ¿Y no pudiera seguir siendo su pariente despues de desaparecer el defecto? — Cierto; no me entiende us-

ted; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar encontramos con la pared. ¡Qué de elogios no merece esta noble moderacion, este respeto á las personas que pueden entre los Batuecos!

Encuéntrome con un Escritor Público. —Señor Bachiller, ¿qué le parecen á usted mis escritos? —Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen. —¡Siempre ha de decir usted cosas... —¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina usted el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan? —¡Ay amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere

decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro, y con ese talisman caminan seguros de ofensas agenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no los pegue. — ¿Por qué no pinta usted el desórden de nuestras costumbres y de nuestras... — ¡Ah! ¿No conoce usted el pais? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetracion de estos Batuecos, que adivinan el original del retrato que usted no ha hecho. Dice usted que es ridículo el ser un *calzonazos*, y que es un pobre hombre todo Juan Lanas, y sale un importante de estos que á costa de tener reputacion se conforman con tenerla mala, y esclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo; porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los Batuecos. — Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquie-

ra... — No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo, y os pone un cartel de desafio, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio. — ¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á usted. — Cualquiera que se halle en ese caso, responde usted. — ¡Picarillo! le reponen; sí, á mí con esas... Esa es la X.** Como si no hubiera mas que una en Madrid. — Agregue usted á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía; y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo. — Bien, pues no sea usted satírico: sea usted justo no mas. Cuando representan péximamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoracion mezquina, ¿por qué no levanta su voz? — Con gente del teatro nunca se las haya usted. Cervantes lo dijo. Nunca les

falta algun campeon que defenderá su pleito; campeon formidable. Ademas, es ese un teclado en que no se ve mas que el esterior: nunca se sabe quién le toca: detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de Maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que las mueve: ¡ay! no tome usted la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusion, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba.* —Pero señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que fulano es mal cómico. —Lo que se ha hecho, señor Bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado. —Se reclama, se apela... —Señor Munguía, quiero contarle á usted un cuentecillo, y es caso ocurrido no ha muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

Corríanse un dia novillos, y contra la costumbre establecida en esos

pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debian andar por el mundo muchos animales de hasta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fue el caso que uno de ellos, mas valenton que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo se dejó sortear por él; notable equivocacion: enganchóle el hasta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen algunas de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear que la pagase, y que habia sido una

mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo; que aquello de ayudar al capeador habia sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que alguno de los mas leidos, que debia ser sobrino del cura, trató aquello de traicion semejante á la de Beltran Claquin, como le llama nuestro Mariana, cuando volviendo lo de abajo arriba dijo en Montiel: *ni quito ni pongo Rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusion la divina Astréa, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos, escusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fue milagro que se cansó

en oirlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea: — *Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenia el tal medio pino que llevamos referido, juro á Brios que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo; y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningun mozo, por lo menos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.* Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, señor Bachiller? Pregúntolo, porque si no me ha entendido ahora, escusa hacer mas preguntas, que ya nunca me entenderá.

Asi, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segun-

da; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso; que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, inclusos los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoracion fue cosa esquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invencion última es el sumum del saber humano; que el edificio, y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases mas sólidas y los auspicios mas felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar, no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapies, que esto á nadie ofende sino

al toro; ingerir tal cual exámen analítico de la obra última entre si diré, sino diré lo que hay en la materia, tal cual anacreóntica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demas materias ¡chiton! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del pais, la opinion es solo del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Ademas de que la lengua se nos ha dado para callar, bien asi como se nos dió el libre alvedrío para hacer solo el gusto de los demas, los ojos para ver solo lo que nos quieran enseñar, los oidos para solo oir lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

Y á alguno conozco yo, señor Bachiller, que argüia á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetia á cada punto ¿con que estamos bien? A lo que le fue respondi-

do como respondió Bossuet al jorobado: *para Batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.*

Asi ves, Andrés mio, á los Batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mútuamente los buenos dias, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos; sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, que es la especie de muerte mas miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico Brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba, el cual á poco tiempo de este régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demas, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte entre otros ejemplos sino

el pícaro resultado y la larga cola, que mas bien parece maza que cola, que nos han traido aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada, qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invencion de la mordaza, ni entrára nunca el pecado por los oidos, ni hubiera murmuradores ni Bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen órden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los Batuecos á los demas hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré mas todavia: en mi opinion no habrán llegado al colmo de

su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja solo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silva por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es solo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad, recordándote al famoso Filósofo Griego (y no me hagas gestos al oir esto del Filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fue idea peregrina, y seria aquella cátedra lo que habria que oir; de donde concluyo, porque me canso, que cada Batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo el Bachiller.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres Batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!

MANÍA

DE CITAS Y DE EPÍGRAFES.

Hombres conocemos para quienes seria cosa imposible empezar un escrito cualquiera sin echarle delante, á manera de peon caminero, un epígrafe que le vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo despues de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja: de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latin, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leido los autores franceses, mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por un par de palabritas de por allá. Nosotros, como somos tan bobalicones, no sabemos á qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo esplicasen, porque en el ínterin que lle-

ga este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir á menos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caida; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos á poseer.

Si el autor que escribe dice una verdad, y sienta una idea luminosa, no sabemos qué mas valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido* reunidos en su apoyo; y si su asercion es falsa, ó sienta una idea despreciable, no consideramos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase á esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados para acomodar su texto á nuestra idea, á veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad.

Verdad es que el vulgo, que igno-

ra la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Este es el orígen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazon humano, ingiere en su drama uno ó muchos latines, ó palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresura á reirse para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la condicion de nuestra pueril vanidad. Sucede tambien que se lee con desprecio ó indiferencia á un autor moderno, y solo se le empieza á respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente no fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leida, porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, á lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán fácil es encontrar en el dia textos para todo, y que es mas dificil tener mucho saber que aparentar-

lo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo de las citas y epígrafes encontramos; pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos estremos, y deseariamos que mas celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua á los rios estrangeros teniéndolos caudalosos en nuestra casa. Cansados estamos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando* &c., del *oscurus fio* &c., del *Parturiens montes*, del *on sera ridicule* &c., del *C'est un droit qu'à la porte* &c., y de toda esa antigua retahila de viejísimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que por buenos que sean han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y

escrito en castellano. No atreviéndonos, pues, á desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos menos, ó tenemos menos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar aunque tratásemos de poner á cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como lo hacia cierto Duende Satírico de pícara recordacion, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no habia modo de entrar á sus cuadernos sino atropellando á una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector á la puerta, como para darle una cencerrada al ver dónde se metia.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicacion de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinion, una listita de los epígrafes y

citas mas ó menos oportunas que hubiéramos podido usar en el discurso de nuestras habladurías, lo cual podremos hacer cómodamente aun sin saber mucho latin ni francés, con solo echarnos á copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo menos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, ademas de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y de otras que de ninguna manera les vienen ni bien ni mal.

NOTA. El Pobrecito Hablador no admite ni da contestaciones.